

CAPÍTULO I

LOS TRES REGALOS DEL SEÑOR D'ARTAGNAN PADRE

El primer lunes de abril de 1626, el pueblo de Meung, donde nació el autor del *Roman de la Rose*, parecía hallarse tan en revolución como si los hugonotes lo hubieran convertido en una segunda Rochela. Muchos aldeanos, viendo huir a sus mujeres a lo largo de la calle Mayor, apresurábanse a ponerse la coraza, y apoyaban su serenidad un tanto insegura en un mosquete o una partesana, dirigiéndose hacia la hostería del Buen Molinero, donde se apiñaba un grupo compacto, impaciente y lleno de curiosidad.

En aquel tiempo los sobresaltos eran frecuentes, y pocos días pasaban sin que uno u otro pueblo registraran en sus archivos algún suceso de esta índole. Los señores guerreaban entre sí, el rey hacía la guerra al cardenal, y los españoles hacían la guerra al rey. Además de estas guerras sordas y francas, secretas o públicas, había los ladrones, los mendigos, los hugonotes, los lobos y los lacayos, que hacían la guerra a todo el mundo. Los pueblos luchaban siempre contra los ladrones, contra los lobos y contra los lacayos; a menudo contra los señores y los hugonotes; algunas veces contra el rey; pero nunca contra el cardenal y los españoles. De tales costumbres resultó que el primer lunes del mes de abril de 1626, como los aldeanos oían ruidos y no veían ni el estandarte rojo y amarillo de España¹ ni la librea del

1. Evidente anacronismo a propósito del pabellón español, que será de estos colores a partir del s. XVIII. Además, España y Francia no se declararán la guerra hasta diez años después del año en que se desarrolla la acción. Recuérdesse que estamos en 1625.

duque de Richelieu, se precipitaban hacia la hostería. Al llegar allí, todos pudieron comprender la causa del tumulto.

Un joven... —hagamos su retrato de una sola plumada—: imaginaos a don Quijote a los dieciocho años; don Quijote sin coraza, sin casco y sin escudo; don Quijote vestido con un jubón de lana que había sido azul. Semblante enjuto y moreno: los pómulos salientes, señal de astucia; los músculos maxilares muy desarrollados, indicio infalible para reconocer a un gascón, aun sin su gorro, y nuestro joven llevaba uno engalanado con una especie de pluma; los ojos francos e inteligentes, la nariz abultada, pero bien dibujada, demasiado alto para un adolescente y bastante pequeño para un hombre ya hecho, y que cualquiera hubiese tomado por el hijo de un labrador que iba de viaje, a no ser por la larga espada que, sujeta a un tahalí de cuero, golpeaba las pantorrillas de su dueño cuando iba a pie, y el pelo de su montura cuando iba a caballo.

Porque nuestro joven tenía una montura, y ésta era tan singular que llamó la atención; era un rocín bearnés, de unos doce o catorce años, de pelo amarillo, sin crines en la cola, pero no sin esparavanes en las piernas, y que, marchando con la cabeza más baja que las rodillas, hacía sin gran fatiga sus ocho leguas por día. Desgraciadamente las cualidades de aquel caballo estaban tan ocultas bajo su extraño pelo y su lámina, que la aparición de aquél en Meung, donde había entrado un cuarto de hora antes por la puerta de Beaugency, produjo una impresión desagradable que alcanzó al mismo jinete.

Y esta sensación había sido tanto más penosa para el joven D'Artagnan (así se llamaba el don Quijote de aquel Rocinante), cuanto que no ignoraba el aspecto ridículo que le daba aquella montura, por buen jinete que fuese. Así es que no había dejado de recibir con un suspiro aquel regalo de su padre, que a su juicio podría valer hasta veinte libras. Es cierto que las palabras con que fue acompañado no tenían precio.

—Hijo mío —había dicho el caballero gascón en su lengua—, este caballo ha nacido en la casa de tu padre hace trece años y ha permanecido en ella desde que nació, lo cual te debe inspirar aprecio. No lo vendas jamás, déjalo morir tranquilo y honrosamente de vejez, y si vas a la guerra con él, cuídalo como cuidarías a tu mejor servidor. En la corte —continuó el señor d'Artagnan padre—,

si alguna vez tienes el honor de ir a ella, a lo cual, por otra parte, te da derecho tu antigua nobleza, sostén con dignidad tu nombre de caballero, como lo han llevado tus antepasados por espacio de más de quinientos años: no sufras jamás nada que os ofenda a ti o a los tuyos —por los *tuyos* entiendo los parientes y amigos—, como no sea del señor cardenal o del rey. Por su valor, entiéndelo bien, sólo por su valor hace hoy día su carrera un caballero. El que tiembla un momento deja tal vez escapar la ocasión que la fortuna le ofrecía. Eres joven y debes ser valiente por dos razones: la primera porque eres gascón, y la segunda porque eres mi hijo. No temas los peligros, y busca las aventuras. Te he enseñado a manejar la espada; tienes unas piernas de hierro y una muñeca de acero, bátete por cualquier cosa; bátete tanto más, cuanto que los duelos están prohibidos, y por tanto, el que se bate es dos veces valiente. No puedo darte, hijo mío, más que quince ducados, mi caballo, y los consejos que acabas de escuchar. Tu madre añadirá la receta de cierto bálsamo que le dio una gitana y que tiene una virtud milagrosa para curar las heridas que no interesen al corazón. Aprovechate, y vive mucho tiempo y dichoso.

»Sólo tengo que añadir algunas palabras, para proponerte un modelo que imitar; no el mío, porque yo no he estado nunca en la corte, ni hecho más guerras que las de la religión como voluntario; quiero hablarte del señor de Tréville, que fue en otro tiempo mi vecino y que ha tenido el honor de jugar, cuando niños, con nuestro rey Luis XIII, que Dios guarde. Algunas veces sus juegos degeneraban en batallas, en las que no siempre el rey era el más fuerte. Los golpes que recibió le hicieron concebir grande amistad hacia el señor de Tréville. Después, el señor de Tréville se batió con otros: en su primer viaje a París, cinco veces; desde la muerte del difunto monarca hasta la mayoría de edad del actual, siete, sin contar las batallas y los sitios, y desde esta última época hasta la actualidad, cerca de ciento. Así, a pesar de los edictos, las ordenanzas y los mandatos, ha llegado a capitán de los mosqueteros, esto es, de una legión de césares, a quien el rey tiene en mucho y el cardenal teme, él, que, como es notorio, teme pocas cosas. Además, el señor de Tréville gana diez mil escudos anuales y es un gran señor. Comenzó como tú: ve a verle con esta carta, e imítale, para llegar a ser como él».

Con esto, el señor d'Artagnan padre dio a su hijo una carta que había escrito, le ciñó su propia espada, le abrazó tiernamente y le dio su bendición.

Al salir de la casa paterna, el joven encontró a su madre, que le esperaba con la famosa receta, que los consejos que acabamos de conocer hacían muy precisa. Esta despedida fue más larga y más tierna, no porque el señor d'Artagnan padre no amase a su hijo, que era su única descendencia, sino porque hubiera considerado impropio de un hombre dejarse llevar por la emoción, y la señora D'Artagnan era mujer, y además madre. Lloró copiosamente y, digámoslo en elogio del hijo, por más esfuerzos que hizo para estar tan impasible como convenía a un futuro mosquetero, la naturaleza fue más poderosa que él, y vertió muchas lágrimas.

El mismo día se puso en camino el joven, provisto de los tres presentes paternos, y que eran, como hemos dicho, quince escudos, el caballo y la carta para el señor de Tréville: los consejos se le habían dado de añadidura.

Con tal vademécum, D'Artagnan era, en lo moral como en lo físico, una copia exacta del héroe de Cervantes. Don Quijote tomaba los molinos de viento por gigantes y los rebaños por ejércitos: D'Artagnan tomó cada sonrisa por un insulto y cada mirada por una provocación. Por esta razón, desde Tarbes hasta Meung, llevó siempre el puño cerrado, y lo menos echó mano a la espada diez veces al día; no obstante, el puño no llegó a caer sobre ninguna mandíbula, ni la espada salió de la vaina. No es porque la vista del estrambótico jarmelgo amarillo no provocase muchas sonrisas de los transeúntes; pero como sobre la cabalgadura sonaba una espada de tamaño considerable, y más arriba brillaba una mirada más bien feroz que altanera, todos reprimían la hilaridad, o si ésta se sobreponía a la prudencia, procuraban reír, sólo por un lado, como las máscaras antiguas. D'Artagnan llegó, pues, a Meung, majestuoso e intacto en su susceptibilidad.

Pero allí, al aparecer a la puerta de la hostería, sin que nadie fuese a ayudarle, vio en una ventana del piso bajo, que estaba entreabierta, a un caballero de buen talle, aspecto arrogante y rostro ceñudo, que hablaba con dos personas, las cuales parecían escucharle con deferencia. Creyó D'Artagnan, según su costumbre, ser el objeto de la conversación, y prestó atención. Aquella vez no se había engañado

más que a medias: no se hablaba de él, pero sí de su caballo. El caballero parecía indicar a sus oyentes todas las cualidades del animal, y éstos, que, según hemos dicho, escuchaban al narrador con gran deferencia, prorrumpían en estrepitosas carcajadas. Ahora bien: si una leve sonrisa bastaba para excitar la irascibilidad del joven, puede calcularse asimismo el efecto que le produciría tan ruidosa hilaridad.

No obstante, D'Artagnan quiso primero reconocer la fisonomía del impertinente que se burlaba de él. Fijó su altiva mirada en el caballero, y vio un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos sombríos y penetrantes, color pálido, nariz prominente y bigote negro y bien atusado: vestía un jubón y calzas moradas con ceñidores del mismo color, sin más adorno que las cuchilladas por donde pasaba la camisa. La vestidura, aunque nueva, estaba arrugada por haber permanecido largo tiempo encerrada con el equipaje. D'Artagnan advirtió hasta el menor detalle con una rapidez digna del observador más minucioso y, movido por el instinto, supo entonces que aquel desconocido iba a influir de forma decisiva en su futuro.

Comoquiera que en el momento en que D'Artagnan fijaba la mirada en el caballero, hiciera éste, a propósito de su caballo, una de sus más intencionadas y profundas observaciones, los dos que le escuchaban soltaron la carcajada, y él mismo, contra su costumbre, dejó vagar por sus labios, si así puede decirse, una ligera sonrisa. Entonces ya no cabía duda; D'Artagnan se vio gravemente ofendido. Así, lleno de esta convicción, caló su sombrero hasta los ojos y, deseando copiar los ademanes de corte que había observado en algunos de los grandes señores que viajaban por Gascuña, avanzó con una mano en la cintura y la otra en la empuñadura de la espada. Desgraciadamente, a medida que avanzaba, la cólera le cegaba cada vez más, y, en lugar del discurso digno y altanero que había concebido para formular su provocación, no encontró en la punta de la lengua más que una imprecación grosera que acompañó de un gesto furioso.

—¡Eh!, ¡caballero! —gritó—, el que se esconde detrás de la ventanilla: decidme de qué os reís, y reiremos juntos.

El interpelado llevó lentamente los ojos de la montura al jinete, como si hubiera necesitado algún tiempo para comprender que era a él a quien se dirigía tan insólito reproche; luego, cuando ya no pudo tener ninguna duda, frunció las cejas, y después de una larga

pausa, respondió a D'Artagnan con un acento de ironía y de insolencia imposible de describir:

—No hablo con vos, caballero.

—¡Pero yo sí hablo con vos! —gritó el joven, exasperado por aquella mezcla de insolencia y de cortesía, de elegancia y desprecio.

El desconocido le miró aún un instante, sin abandonar su ligera sonrisa, y salió de la hostería, para ir al encuentro de D'Artagnan, poniéndose a dos pasos delante de su caballo. Su continente tranquilo y su fisonomía burlona habían aumentado la hilaridad de sus interlocutores, que se habían quedado en la ventana.

D'Artagnan, viéndole a su alcance, sacó de la vaina un palmo de espada.

—Este caballo es, o por mejor decir, ha sido en su juventud botón de oro —añadió el desconocido, continuando las investigaciones y dirigiéndose a sus oyentes de la ventana, aparentando no ver la exasperación de D'Artagnan—. Es un color muy conocido en botánica, pero hasta hoy muy extraño en caballos.

—¡Hay quien se ríe del caballo y no osaría reírse del amo! —gritó furioso el émulo de Tréville.

—Yo río pocas veces, caballero —contestó el desconocido—, como podéis conocer por el aspecto de mi rostro, pero deseo conservar el derecho de reír cuando me plazca.

—Y yo —respondió D'Artagnan— no quiero que se ría cuando no me place, y sobre todo, a mí costa.

—¿De veras, caballero? —preguntó el desconocido con más calma que nunca—. Pues hacéis muy bien. —Y girando sobre sus talones, se dispuso a entrar en la hostería por la puerta principal, en la que D'Artagnan, al llegar, había visto un caballo ensillado.

Pero D'Artagnan no era hombre que dejara impune al que había tenido la audacia de burlarse de él. Acabó de desenvainar la espada y siguió al desconocido, gritando:

—¡Volveos, señor burlón, volveos para que no os pegue en la espalda!

—¡Pegarme a mí! —contestó el otro volviéndose y mirando al joven con tanta extrañeza como desprecio—. Vamos, vamos, estáis loco. —Y luego murmuró, como hablando consigo mismo—: ¡Qué descu-

brimiento para su majestad, que busca valentones en todas partes para reclutar sus mosqueteros! ¡Es lástima que no conozca a éste!

Aún no había acabado, cuando D'Artagnan le tiró tan terrible estocada, que si no hubiera retrocedido vivamente, es probable que se hubiese chanceado por última vez. El desconocido comprendió entonces que la cosa pasaba de broma, tiró de su espada, saludó a su adversario con solemnidad y se puso en guardia. Pero, al mismo tiempo, sus dos oyentes, acompañados del hostelero, cayeron sobre D'Artagnan, descargándole una lluvia de palos. Esto varió tan rápida y completamente las condiciones del ataque, que el adversario de D'Artagnan, mientras éste se volvía para hacer frente a la acometida, quedaba de simple espectador, cuyo papel desempeñó con su acostumbrada tranquilidad, murmurando:

—¡Malditos gascones! Volvedle a montar en su caballo anaranjado, y que se vaya.

—¡No sin haberte muerto, cobarde! —gritaba D'Artagnan, haciendo frente, sin retroceder un paso, a sus tres enemigos, que le molían a golpes.

—¡Otra fanfarronada! —dijo el caballero—. Estos gascones son incorregibles. Continúa la danza, ya que le gusta; cuando se canse, ya nos dirá.

Pero el desconocido ignoraba con qué clase de testarudo se las había. D'Artagnan no era hombre que pidiese gracia en ningún caso. El combate, pues, siguió algunos minutos; sin embargo, D'Artagnan, extenuado, dejó escapar la espada que un bastonazo había partido en dos pedazos; y por fin, otro golpe le hirió en la frente y le derribó ensangrentado y casi sin sentido.

En aquel momento acudió gente de todos lados al lugar de la escena; pero el hostelero, temiendo el escándalo, llevó con ayuda de sus criados el herido a la cocina, donde le prestaron algunos cuidados.

En cuanto al caballero, había vuelto a ocupar su puesto en la ventana y miraba con impaciencia a los curiosos, cuya permanencia allí parecía producirle una gran contrariedad.

—Y bien, ¿cómo está ese rabioso? —preguntó volviéndose y dirigiéndose al hostelero, que iba a enterarse del estado de su salud.

—¿Vuestra excelencia está sano y salvo? —preguntó el hostelero.

—Sí, perfectamente sano y salvo, y os pregunto qué ha sido de ese joven.

—Sigue mejor —dijo el hostelero—; se ha desmayado.

—¿De veras?

—Pero antes de desmayarse ha reunido todas sus fuerzas para llamarnos y desafiaros otra vez.

—¡Es el diablo en persona!

—¡Oh!, no, señor, no es diablo —repuso el hostelero con un gesto de desprecio—; mientras duraba su desmayo nosotros le hemos registrado y no lleva más que una camisa por equipaje y once escudos en la bolsa, lo cual no le ha impedido decir, al desmayarse, que si lo ocurrido hubiese sido en París, os arrepentiríais al momento, mientras que habiendo sucedido aquí, no os arrepentiríais sino más tarde.

—Entonces —dijo fríamente el desconocido— es algún príncipe que viaja de incógnito.

—Os digo esto, señor —añadió el hostelero—, a fin de que, si lo creéis necesario, estéis sobre aviso.

—¿No ha nombrado a nadie en su cólera?

—Sí, ciertamente; golpeaba su bolsillo y decía: «Ya veremos lo que el señor de Tréville piensa de este insulto hecho a su protegido».

—¡El señor de Tréville! —exclamó el desconocido fijando la atención—. ¿Y decís que se daba golpes en el bolsillo pronunciando el nombre del señor de Tréville? Veamos, amigo mío: mientras el joven permanecía desmayado, estoy seguro de que no habéis dejado de registrar ese bolsillo. ¿Qué había en él?

—Una carta dirigida al señor de Tréville, capitán de los Mosqueteros.

—¿Es cierto?

—Como tengo el honor de decirlo a vuestra excelencia.

El hostelero, que no estaba dotado de gran perspicacia, no notó la impresión que sus palabras habían causado en el rostro del desconocido. Éste dejó el marco de la ventana en que tenía apoyado el codo, y frunció el entrecejo.

—¡Diablo! —murmuró entre dientes—. ¿Me habrá enviado Tréville a ese gascón? ¡Es muy joven! Pero una estocada es una estocada, cualquiera que sea la edad del que la dé, y de un niño se desconfía menos que de otro; a veces basta un pequeño obstáculo para con-

trariar un gran designio. Vamos a ver —preguntó al hostelero—, ¿no podríais desembarazarme de ese frenético? En conciencia no puedo matarle; y sin embargo —añadió con expresión fríamente amenazadora—, sin embargo me molesta. ¿Dónde está?

—Arriba, en el cuarto de mi mujer; le están curando.

—¿Su equipaje está con él? ¿Se ha quitado el jubón?

—Al contrario, todo está abajo en la cocina. Pero, puesto que ese loco os incomoda...

—Sin duda: es causante de un escándalo en vuestra hostería impropio de una persona decente. Ahora volved, ajustad mi cuenta y avisad a mi lacayo.

—¿Se ausenta ya vuestra excelencia?

—Bien lo sabéis, puesto que os había dado orden de ensillar mi caballo.

—Está ensillado.

—Bien, haced ahora lo que os digo.

«¿Tendrá miedo del muchacho?», se preguntó el hostelero.

Pero una mirada imperativa del desconocido cortó sus meditaciones.

Saludó humildemente y salió.

—No es conveniente que Milady sea vista por ese menguado —continuó el extranjero—; no debe tardar en pasar; ya viene con retraso. Seguramente es mejor que monte a caballo y salga a su encuentro. Si por lo menos pudiese conocer el contenido de esa carta dirigida al señor de Tréville...

Y el desconocido, hablando en voz baja, se dirigió a la cocina.

Entretanto, el hostelero, que no dudaba que la presencia del joven era el motivo de la marcha del otro, subió al cuarto de su mujer y encontró a D'Artagnan dueño ya de sí mismo. Entonces, diciéndole que la autoridad podría jugarle una mala pasada por haber ofendido a un gran señor, porque, en su concepto, el desconocido no podía menos que serlo, le conminó, no obstante su debilidad, a levantarse y continuar su camino. D'Artagnan, medio aturdido, sin jubón y con la cabeza vendada, se levantó, y, ayudado por el hostelero, bajó las escaleras; pero, al llegar a la cocina, lo primero que vio fue a su provocador, que conversaba tranquilamente con una dama al estribo de un pesado carruaje, tirado por dos grandes caballos.

Su interlocutora, cuya cabeza aparecía en la ventanilla, era una mujer de unos veinte años. Ya hemos dicho con qué rapidez de investigación se hacía cargo D'Artagnan de toda fisonomía: desde luego vio que la mujer era joven y hermosa. Esta belleza le llamó tanto más la atención, cuanto que era completamente distinta de las de los países meridionales en los que D'Artagnan había vivido. Hablaba animadamente con el desconocido.

—Así, su eminencia me ordena... —decía la dama.

—Regresar al momento a Inglaterra y avisarle directamente si el duque sale de Londres o ha salido ya.

—¿Y respecto a las demás instrucciones? —quiso saber la dama.

—Están contenidas en esta caja, que no abriréis hasta haber pasado el canal de la Mancha.

—Perfectamente. ¿Y qué haréis vos?

—Vuelvo a París.

—¿Sin castigar a ese insolente? —preguntó la dama.

El desconocido iba a responder, pero, en el momento en que abría la boca, D'Artagnan se lanzó hacia la puerta.

—Este insolente es el que castiga a los demás —exclamó—; y confío en que esta vez el que tiene que ser castigado no se le escapará como la primera.

—¿Que no se escapará? —preguntó el desconocido lleno de ira.

—No; delante de una mujer creo que no osaréis huir.

—Pensad —dijo Milady viendo al caballero echar mano a la espada—, pensad que el menor retraso puede perderlo todo.

—Tenéis razón; partid, pues, por vuestro lado y yo por el mío.

Y saludando a la dama con una inclinación de cabeza, saltó sobre su corcel, mientras el cochero del carruaje azotaba fuertemente a sus caballos. Los dos interlocutores partieron al galope cada uno por un lado opuesto de la calle.

—¿Y vuestra cuenta? —gritó el hostelero, cuyo afecto al viajero se trocó en desdén viéndole alejarse sin pagar su gasto.

—Paga —gritó, sin dejar de galopar, el viajero a su lacayo, que tiró a los pies del hostelero dos o tres monedas de plata y se puso al galope detrás de su amo.

—¡Ah, cobarde! ¡Ah, miserable! ¡Ah, mal caballero! —gritó D'Artagnan lanzándose a su vez en persecución del lacayo.

Pero el herido estaba aún muy débil para soportar semejante carrera. Apenas hubo dado dos pasos, vacilaron sus piernas, una nube de sangre apagó sus ojos, y cayó en medio de la calle, gritando:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

—Muy cobarde es, en efecto —murmuró el hostelero aproximándose a D'Artagnan, y tratando de reconciliarse con el joven, igual que la garza y el caracol de la célebre fábula,¹ por medio de esta lisonja.

—Sí, mucho —murmuró D'Artagnan—, y ella muy hermosa.

—¿Quién es ella?

—Milady —balbuceó D'Artagnan, que había oído al caballero pronunciar este nombre; y perdió el sentido por segunda vez.

—Es igual —dijo el hostelero—; pierdo dos, pero me queda éste, que estoy seguro de conservar algunos días. Son once escudos ganados.

Sabía que ésta era la suma justa que quedaba en el bolsillo de D'Artagnan.

El hostelero, como se ve, había contado con once días de enfermedad a un escudo diario; pero no a su viajero. Al día siguiente D'Artagnan levantose a las cinco de la mañana, bajó él mismo a la cocina, pidió vino, aceite y romero, y, con la receta de su madre a la vista, compuso un bálsamo que aplicó a sus diferentes heridas, renovando por sí mismo sus compresas, sin admitir la ayuda de otro médico. Gracias, sin duda, a la eficacia del bálsamo de Bohemia, y acaso también a la ausencia del médico, D'Artagnan se encontró muy mejorado la misma tarde, y al día siguiente casi curado.

Pero, al tiempo de pagar aquel romero, aquel aceite y aquel vino, único gasto del joven, que había guardado dieta rigurosa, mientras que su caballo, a creer lo que decía el hostelero, había comido tres veces más de lo que razonablemente se podía esperar de su talla, D'Artagnan no encontró en su bolsillo más que su roída bolsa de terciopelo con los once escudos que contenía; pero la carta dirigida a Tréville había desaparecido.

El joven comenzó por buscar esta carta con gran calma, volviendo y revolviendo veinte veces sus bolsillos, registrando su ma-

1. De La Fontaine, en que una garza se conforma con un simple caracol para mitigar su hambre por la noche después de haber comido carpas, lucios, tencas y gobios durante todo el día.

leta y abriendo y cerrando su bolsa; pero cuando hubo llegado al convencimiento de que no encontraba la carta, entró en un tercer acceso de rabia, y a punto estuvo de echar por tierra el vino y el aceite aromatizados; de modo que al verle incomodarse de nuevo y amenazar con romperlo todo en la hostería si no se encontraba la carta, el hostelero había cogido ya una vieja lanza, su mujer una escoba y los mozos los mismos garrotes que habían servido el día anterior.

—¡Mi carta de recomendación! —gritaba D'Artagnan—. ¡Vive Dios, os ensartaré a todos como pajarillos!

Desgraciadamente, una circunstancia se oponía a que el joven cumpliera su amenaza: y era que, como ya hemos manifestado, su espada en la primera lucha había sido rota en dos pedazos, cosa que él había olvidado. De aquí resultó que cuando D'Artagnan quiso en efecto desenvainar, se encontró armado solamente de un pedazo de hoja que podía tener ocho o diez pulgadas de largo, que el hostelero había tenido cuidado de poner en la vaina. El resto de la hoja estaba ya en la cocina, destinada a cortar tocino.

Esta decepción no hubiera detenido, sin embargo, a nuestro intrépido joven si el hostelero no hubiese pensado que la reclamación del viajero era perfectamente justa.

—Y bien —dijo bajando la lanza—, ¿dónde está esa carta?

—Eso es, ¿dónde está la carta? —gritó D'Artagnan—. Desde luego os prevengo que era para el señor de Tréville; es necesario que aparezca, y si no aparece, él sabrá encontrarla.

Esta amenaza intimidó aún más al hostelero. Después del rey y del cardenal, el señor de Tréville era el personaje cuyo nombre citaban con más frecuencia los soldados y aun los paisanos. Estaban también el padre José, pero éste no se nombraba nunca sino en voz baja; tan grande era el terror que inspiraba la eminencia gris, como se llamaba entonces al familiar del cardenal.

Así, pues, tirando lejos la vieja lanza y mandando a su mujer y a sus criados que hicieran lo mismo con las armas de que respectivamente se habían provisto, dio él primero el ejemplo poniéndose a buscar la carta.

—¿Acaso esa carta contenía algo precioso? —preguntó el hostelero después de algunas infructuosas investigaciones.

—¡Pardiez! Ya lo creo —exclamó el gascón, que contaba con ella para hacer carrera en la corte—, contenía mi fortuna.

—¿Eran bonos? —preguntó el hostelero.

—Del tesoro real —respondió D'Artagnan, que, contando con entrar al servicio del rey, gracias a aquella recomendación, creía poder dar sin mentir esta respuesta un tanto atrevida.

—¡Diantre! —dijo el hostelero desesperado.

—Pero no importa —continuó D'Artagnan con su aplomo provincial—, no importa: el dinero no es nada y esa carta lo era todo.

Un rayo de luz hirió de repente la imaginación del hostelero, que se daba a los diablos al comprobar que no encontraba nada.

—Esa carta no se ha perdido —dijo.

—¡Cómo! —dijo D'Artagnan.

—No. Os la han robado.

—¿Quién?

—El caballero de ayer. Bajó a la cocina, donde estaba vuestra ropa. Allí permaneció solo. Apostaría a que fue él quien os la ha quitado.

—¿Lo creéis? —respondió D'Artagnan poco convencido, porque él sabía mejor que nadie la importancia solamente personal de aquella carta, en la cual no veía nada que pudiera tentar la avaricia. El hecho era que ninguno de los criados ni de los viajeros presentes hubiera ganado nada con poseer semejante papel.

—¿Decís, pues —repuso D'Artagnan—, que sospecháis de aquel impertinente?

—Os digo que estoy seguro —continuó el hostelero—. Cuando yo le manifesté que vuestra señoría era el protegido del señor de Tréville y que teníais una carta para este ilustre caballero, pareció muy inquieto, me preguntó dónde estaba esa carta y bajó al momento a la cocina, donde sabía que se hallaba vuestra ropa.

—Entonces ése es el ladrón —repuso D'Artagnan—; yo me quejaré al señor de Tréville, y el señor de Tréville se quejará al rey. —Después sacó majestuosamente dos escudos del bolsillo y se los dio al hostelero, que le acompañó hasta la puerta con el sombrero en la mano. El joven volvió a montar en su penco, que le llevó sin otros accidentes hasta la puerta de Saint-Antoine, en París, donde, a pesar de la recomendación de su padre, lo vendió por tres escudos, con lo cual estaba bien pagado, porque D'Artagnan, en la última jornada, casi lo

había reventado. Ciertamente era que el tratante que se lo compró declaró al entregar a nuestro joven las nueve libras consabidas que no daba esta suma exorbitante sino por la originalidad del color del rocinante.

D'Artagnan entró, pues, en París a pie, llevando su pequeño lío de ropa debajo del brazo, y anduvo hasta encontrar una habitación adecuada a la escasez de sus recursos. Este cuarto era una especie de buhardilla en la rue de Fossoyeurs, al lado de la de Luxembourg.

Pagado el alquiler, D'Artagnan tomó posesión de su cuarto y pasó el resto del día ocupado en coser a su traje unas pasamanerías que su madre había quitado de un traje casi nuevo de su padre y le había dado a hurtadillas; luego dirigióse al muelle de la Ferraille a hacer poner a su espada una hoja nueva; después de lo cual volvió al Louvre y preguntó al primer mosquetero que encontró dónde estaba el palacio del señor de Tréville. Este palacio se encontraba situado en la rue de Vieux-Colombier, es decir, muy cerca de la habitación que D'Artagnan había tomado, lo que le pareció de buen agüero para el éxito de su viaje.

Después de lo cual, enteramente satisfecho del modo con que se había conducido en Meung, sin remordimiento en el pasado, confiando en el presente y esperando en lo porvenir, se acostó y durmió con el sueño de un valiente.

Este sueño se prolongó hasta las nueve de la mañana, a cuya hora se levantó para ir a saludar a aquel famoso señor de Tréville, que era la tercera personalidad más importante del reino, según le había dicho su padre.

CAPÍTULO II

LA ANTECÁMARA DEL SEÑOR DE TRÉVILLE

El señor de Troisvilles, como aún se llamaba su familia en Gascona, o de Tréville, como él mismo había decidido darse a conocer en París, en realidad había comenzado como D'Artagnan, esto es, sin dinero alguno en la bolsa, pero con ese fondo de audacia, de ingenio y de tenacidad que hace que el más pobre hidalgo gascón reciba frecuentemente más en esperanzas de la herencia paterna, de lo que recibe en realidad el noble más rico de cualquier otra provincia. Con una bravura insolente y una fortuna más insolente todavía, y más en una época en que los golpes llovían como granizo, le habían elevado a la cúspide de esa escala tan difícil que llaman el favor de la corte, cuyas gradas había subido de cuatro en cuatro.

Era el amigo del rey, que honraba mucho la memoria de su padre, Enrique IV. El padre del señor de Tréville le había servido tan fielmente en sus guerras contra la Liga, que, a falta de dinero (cosa de la que toda la vida careció el bearnés, viéndose obligado a pagar sus deudas con la única cosa que jamás tuvo necesidad de pedir prestada, es decir, el ingenio), a falta de dinero contante, decimos, le había autorizado, después de la rendición de París, a tomar por armas un león de oro con esta divisa: *Fidelis et fortis*. Así satisfacía el honor, pero no el bienestar. De modo que, una vez muerto el ilustre compañero del gran Enrique, dejó a su hijo, por única herencia, su espada y su divisa. Gracias a estas dos cosas y a su nombre sin mácula, el señor de Tréville fue admitido en la casa del joven príncipe, donde se

sirvió tan bien de su espada y fue tan fiel a su divisa, que Luis XIII, que era una de las excelentes espadas de su reino, tenía la costumbre de decir que si tuviera un amigo que se batiera, le aconsejaría que llevara por padrinos, en primer lugar, a él, y en segundo al señor de Tréville, y tal vez al señor de Tréville antes que a él.

Así, pues, Luis XIII profesaba verdadera amistad a Tréville, amistad real, egoísta, es verdad; pero no por eso dejaba de ser amistad. En aquellos desgraciados tiempos se procuraba con afán rodearse de hombres de su temple. Muchos podrían tomar por divisa el calificativo *fuertes*, que formaba la segunda parte de la de su escudo; pero muy pocos podían reclamar el de *fieles*, que constituía la primera. Tréville era uno de estos últimos: tenía el caballero una de esas organizaciones extrañas, de inteligencia obediente como la del dogo, de valor ciego, mirada rápida y mano pronta; a quien los ojos no servían más que para ver si el rey estaba descontento con alguien y la mano para caer sobre ese *alguien*, llamárase Besme Maurevers, Poltrot de Méré o Vitry.¹ Por último, a Tréville no le había faltado hasta entonces más que la ocasión, pero la acechaba y esperaba cogerla bien por el cabello si se ponía al alcance de su mano. Luis XIII había hecho de Tréville el capitán de sus mosqueteros, que eran al rey por su adhesión, o, mejor dicho, por su fanatismo, lo que a Enrique III sus cuarenta y cinco, y a Luis XI su guardia escocesa. Por su parte, y desde este punto de vista, el cardenal no se dejaba ganar la mano por el rey. Cuando había visto la formidable falange de que Luis XIII se rodeaba, este segundo, o más bien este primer rey de Francia, quiso también tener su guardia. Tuvo, pues, sus mosqueteros como Luis XIII tenía los suyos, y se vio a estas dos potencias rivales escoger para su servicio en todas las provincias de Francia y también en las naciones extranjeras a los hombres célebres por sus grandes estocadas. Así, Richelieu y Luis XIII disputaban con frecuencia por la noche, durante su partida de ajedrez, con motivo del mérito de sus servidores. Cada cual elogiaba el valor de los suyos, y declamando en voz alta contra los duelos y pependencias, les excitaban por lo bajo a llegar a las manos, y tenían un verdadero pesar o una alegría inmoderada por la derrota o el triunfo de los suyos. Así al menos lo dicen

1. Célebres asesinos de la época.

las memorias de un hombre que figuró en algunas de las derrotas y en muchas de las victorias.

Tréville había tomado a su señor por el lado débil, y a esta circunstancia debía el largo y constante favor de un rey que no dejó fama de ser muy fiel a sus amistades. Hacía ostentación de sus mosqueteros en presencia del cardenal Armand Duplessis, en un tono socarrón que erizaba de cólera el bigote gris de su eminencia. Tréville entendía admirablemente la guerra de aquel tiempo, en que, cuando no se vivía a costa del enemigo, se vivía a costa de sus compatriotas: sus soldados formaban una legión de diablos insubordinados para cualquiera que no fuese él.

Provocadores, ebrios e insolentes, los mosqueteros del rey, o, mejor dicho, los del señor de Tréville, se presentaban en las tabernas, en los paseos, en los juegos públicos gritando fuertemente, retorciendo sus bigotes, haciendo sonar sus espuelas, atropellando con gusto a los guardias del cardenal, cuando los encontraban, y escandalizando las calles con pependencias y galanteos; muertos algunas veces, pero ciertos de ser llorados y vengados, matadores otras, y seguros en este caso de no pudrirse en prisión, porque allí estaba el señor de Tréville para reclamarlos. Por eso Tréville era elogiado en todos los tonos por aquellos hombres que le adoraban y que temblaban en presencia de él como colegiales ante el maestro, obedeciendo a la menor palabra y dispuestos a morir para vengar cualquier afrenta.

El señor de Tréville había hecho de esto poderosa palanca, en primer lugar del rey y sus amigos, y en segundo para sí mismo y los suyos. Por lo demás, en ninguna de las memorias de aquella época, que tantas ha dejado, vemos al digno caballero asustado, ni aun por sus enemigos, y eso que tenía tantos entre la gente literata como entre la gente de espada; en ninguna parte, decíamos, vemos a este digno caballero acusado de haberse hecho pagar la cooperación de sus secuaces. Con un talento especial para la intriga, que le ponía al mismo nivel de los intrigantes más fuertes, no por ello dejó nunca de ser un hombre honrado. Es más: a despecho de las terribles estocadas, que embrutecen, y de los ejercicios, que fatigan, había llegado a ser uno de los más galantes aventureros y de los más alambicados recitadores de su época; se hablaba de las aventuras amorosas de Tréville, como veinte años antes se habló de las del mariscal de Bassompie-

re, y no es poco decir esto. El capitán de los mosqueteros era, pues, admirado, temido y amado.

Luis XIV absorbió todos los pequeños astros de su corte en su gran irradiación; pero su padre, sol *pluribus impar*,¹ dejó su esplendor personal a cada uno de sus favoritos, y su valor individual a cada uno de sus cortesanos. De esta suerte, además de la audiencia del rey y del cardenal, se contaban en París otras doscientas un tanto apetecidas. Entre ellas la del señor de Tréville era de las más animadas.

Desde las seis de la mañana en verano, y desde las ocho en invierno, el patio de su palacio, situado en la rue de Vieux-Colombier, parecía un campamento. Cincuenta o más mosqueteros, que parecían relevarse para presentar siempre un número imponente, se paseaban sin cesar armados y en guardia, dispuestos a todo. A lo largo de aquellas escaleras, en cuyo emplazamiento nuestra civilización moderna edificaría toda una casa, subían y bajaban los pretendientes de París que corrían tras un favor cualquiera, los caballeros de provincia deseosos de ser alistados y los lacayos vestidos de todos los colores que iban a llevar al señor de Tréville los mensajes de sus señores. En la antecámara, sentados en largas banquetas circulares, se hallaban los elegidos, es decir, los que habían sido citados. El murmullo de las conversaciones duraba allí desde la mañana hasta la noche, mientras el señor de Tréville, en su gabinete contiguo a aquella antecámara, recibía las visitas, oía las quejas, daba sus órdenes, y como el rey en su balcón del Louvre, no tenía más que asomarse a la ventana para pasar revista de hombres y armas.

El día en que D'Artagnan se presentó, la asamblea era grandiosa, sobre todo para un provinciano que llegaba de su pueblo: es verdad que este provinciano era gascón y que, sobre todo en aquella época, los compatriotas de D'Artagnan tenían fama de no dejarse intimidar fácilmente. En efecto, una vez que se había franqueado la puerta maciza, claveteada de grandes clavos de cabezas cuadradas, se veía uno en medio de un tropel de gentes de espada que se cruzaban en el patio, se interpelaban y jugaban entre sí. Para abrirse paso entre aquellas olas agitadas hubiera sido preciso ser oficial, gran señor o mujer hermosa.

1. Alusión a la divisa de Luis XIV, *Nec pluribus impar*, que tenía por emblema el sol.

En medio de aquel desorden avanzó nuestro hombre con el corazón palpitante, ciñendo su espada a lo largo de sus delgadas piernas, y llevando una mano en el ala del sombrero con esa sonrisa del provinciano turbado que desea aparentar buen continente. Cuando logró rebasar un grupo, respiró con alivio, pero enseguida se percató de que se daban la vuelta para fijar sus ojos en él, y por primera vez en su vida, D'Artagnan, que hasta entonces había tenido muy buena opinión de sí mismo, se sintió ridículo.

Llegado a la escalera, su situación empeoró; en los primeros escalones había cuatro mosqueteros que se ocupaban en el ejercicio que vamos a referir, mientras diez o doce de sus compañeros esperaban en el rellano que les llegase el turno de tomar puesto en la partida. Uno de ellos, colocado en el escalón más alto, con la espada desnuda en la mano, impedía subir a los otros, o por lo menos trataba de hacerlo.

Los otros tres esgrimían contra él sus espadas con gran agilidad. D'Artagnan creyó, desde luego, que aquellos hierros serían floretes de esgrima con botón; pero pronto conoció, al ver ciertos arañazos, que se trataba de espadas con punta y bien afiladas; a cada uno de aquellos arañazos los espectadores y también los actores reían como locos.

El que detenía el acceso en aquel momento mantenía una actitud de extraordinario respeto hacia sus contrarios. Alrededor de ellos se formaba un círculo. La condición era que a cada golpe el tocado abandonase la partida, perdiendo su turno de audiencia en favor del adversario. En cinco minutos tres fueron tocados, uno en la mano, otro en el mentón y otro en la oreja, por el defensor, que permanecía incólume, cuya destreza le valió, según las condiciones convenidas, ganar tres turnos.

Por poco asombradizo que fuera o quisiera ser nuestro viajero, este pasatiempo no pudo menos que asombrarlo; en su provincia, donde tan fácilmente se calientan los cascos, había visto emplear más preliminares para los duelos, y la gasconada de aquellos cuatro mosqueteros le pareció la mayor de las que había oído, aun en Gascuña. Se creyó transportado a aquel famoso país de los gigantes, donde Gulliver fue algún tiempo después y tuvo tanto miedo; y, no obstante, aún no había llegado al fin: faltaban el recibimiento y la antecámara.

En el recibimiento no se batían; contaban historias de mujeres, y en la antecámara historias de corte. En el recibimiento, D'Artagnan se ruborizó, en la antecámara tembló. Su imaginación vagabunda, que en Gascuña le hacía temible a las criadas jóvenes y algunas veces a sus jóvenes señoras, no había soñado jamás, ni aun en esos momentos de delirio, la mitad de aquellas maravillas amorosas, ni la cuarta parte de aquellas aventuras galantes, realzadas por los nombres más conocidos y los detalles menos velados. Pero, si su amor a las buenas costumbres sufrió un choque en el recibimiento, su respeto al cardenal quedó escandalizado en la antecámara. Allí, con asombro, D'Artagnan oyó criticar en alta voz la política que hacía temblar a toda Europa, y también la vida privada del cardenal, por la que tantos poderosos señores habían sido castigados en su intento por conocerla; aquel grande hombre reverenciado por el señor d'Artagnan padre, servía de payaso a los mosqueteros de Tréville, que se burlaban de sus piernas huesudas y de su espalda encorvada; algunos cantaban coplas sobre madame d'Aiguillon, su amante, y sobre madame de Combalet, su sobrina,¹ mientras otros narraban sus empresas contra los pajes y guardias del cardenal-duque, cosas todas que parecían a D'Artagnan monstruosidades imposibles.

No obstante, cuando por casualidad el nombre del rey intervenía de improviso en aquellas chanzas cardenalicias, una especie de mordaza cerraba de repente aquellas bocas burlonas: todos miraban en torno suyo y parecían temer la indiscreción de la mampara del gabinete del señor de Tréville; pero bien pronto una alusión hacía recaer la conversación de nuevo sobre su eminencia, y entonces las burlas empezaban con más brío y no escapaba a la crítica ninguna de sus acciones.

«Seguramente estos hombres acabarán presos y ahorcados –pensó D'Artagnan con terror–, y yo sin duda con ellos, porque desde el momento en que los he oído y escuchado me tendrán por cómplice. ¿Qué diría mi padre, quien tanto respeto me ha enseñado hacia el cardenal, si me viera en sociedad con semejantes impíos?».

Así, pues, como ya puede suponerse sin necesidad de que yo lo diga, D'Artagnan no se atrevía a tomar parte en la conversación;

1. Otro descuido de Dumas, siendo ambas damas en realidad una sola. La sobrina y supuesta amante de Richelieu, madame de Combalet, era duquesa d'Aiguillon.

solamente miraba y escuchaba con avidez, aguzando sus cinco sentidos para no perder ningún detalle, y a pesar de su confianza en las recomendaciones paternas, se sentía inclinado por sus gustos y arrastrado por su instinto a elogiar más bien que censurar las cosas inauditas que allí pasaban.

Sin embargo, como era completamente extraño a la turba de cortesanos del señor de Tréville y era la primera vez que se le veía en aquel lugar, fueron a preguntarle qué deseaba. A esta pregunta contestó D'Artagnan humildemente diciendo su nombre; y apoyándose mucho en el título de compatriota, suplicó al lacayo que le había interrogado que pidiese al señor de Tréville un momento de audiencia, petición que el lacayo, en tono protector, le ofreció transmitir en tiempo y lugar oportunos.

D'Artagnan, algo repuesto de su primera sorpresa, tuvo, pues, tiempo de estudiar los trajes y las fisonomías.

En el centro del grupo más animado se hallaba un mosquetero de gran estatura, de figura altanera y de un traje tan llamativo, que atraía la atención general. No llevaba entonces la casaca de uniforme, que, por lo demás, no era obligatoria en aquella época de menos libertad, pero de más independencia; vestía un jubón azul celeste, un poco raído, sobre el que ostentaba una magnífica bandolera, bordada de oro, que resplandecía como las burbujas del agua iluminadas por el sol. Una larga capa de terciopelo carmesí caía con gracia sobre sus hombros, descubriendo solamente por delante una bandolera, de la que pendía una espada de grandes dimensiones.

Ese mosquetero acababa de salir de guardia poco antes y se quejaba de estar resfriado, tosiendo de vez en cuando con afectación. Por eso, según decían a su alrededor, llevaba la capa, y mientras hablaba, con la cabeza levantada y retorciéndose el bigote, todos, y más que todos D'Artagnan, admiraban con entusiasmo la bandolera bordada.

—¿Qué queréis? —decía el mosquetero—. Se va haciendo de moda: es una locura, ya lo sé, pero está de moda. Por otra parte, es preciso que uno emplee en algo el dinero de su legítima.

—¡Ah, Porthos! —exclamó uno de los presentes—. No intentes hacernos creer que debes esa bandolera a la generosidad paterna: te la habrá regalado aquella dama velada con quien te encontré el domingo hacia la puerta de Saint-Honoré.

—No, por mi honor de caballero, la he comprado yo mismo y con mi dinero —respondió aquel a quien acababan de designar con el nombre de Porthos.

—Sí —repuso otro mosquetero—, como yo he comprado esta bolsa nueva con lo que mi querida había puesto dentro... la víspera.

—Hablo en verdad —dijo Porthos—; y la prueba es que he satisfecho por ella doce pistolas.

La admiración aumentó, pero sin desvanecer la duda.

—¿No es verdad, Aramis? —preguntó Porthos dirigiéndose a otro mosquetero.

Éste formaba un vivo contraste con el que le interrogaba y le había designado con el nombre de Aramis: era un joven de veintidós o veintitrés años a lo sumo, de fisonomía cándida y dulce, ojos negros y lánguidos y mejillas sonrosadas y cubiertas de vello como las frutas en otoño: su fino bigote dibujaba sobre su labio superior una línea recta, sus manos parecían evitar el bajarse para que no se hinchasen las venas, y de vez en cuando se pellizcaba el extremo de las orejas para mantenerlas encarnadas. Por costumbre hablaba poco y lentamente, reía sin ruido, mostrando los dientes, que eran blancos e iguales y estaban bien cuidados, como todo el resto de su persona. El joven respondió con un signo afirmativo de cabeza a la pregunta de su amigo.

Esta afirmación pareció haber desvanecido todas las dudas con respecto a la bandolera: se siguió admirándola, pero sin hablar más de ella, y por una de esas rápidas evoluciones del pensamiento, la conversación cambió repentinamente de asunto.

—¿Qué pensáis de lo que cuenta el escudero Chalais? —preguntó otro mosquetero sin interpelar directamente a nadie y, por lo visto, dirigiéndose a todos.

—¿Y qué dice? —preguntó con petulancia Porthos.

—Cuenta que ha encontrado en Bruselas a Rochefort, el alma condenada del cardenal, disfrazado de capuchino; ese maldito Rochefort, gracias a su disfraz, había burlado al señor de Laigues como un tonto.

—Como a un verdadero tonto —dijo Porthos—; pero, ¿es esto cierto?

—Aramis me lo ha contado —respondió el mosquetero.

—¿De veras?

—Ya lo sabéis, Porthos —dijo Aramis—; yo mismo os lo referí ayer: no hablemos más de eso.

—No hablemos más... Esa es vuestra opinión —exclamó Porthos—. No hablemos más de eso. Así, pronto se concluye. ¡Diantre! El cardenal hace espíar a un caballero, hace que un traidor, un canalla, le robe su correspondencia: con ayuda del espía y gracias a esa correspondencia, hace cortar la cabeza a Chalais, bajo el necio pretexto de que ha querido matar al rey y casarse con la reina. Nadie sabía una palabra de este enigma y vos nos lo revelasteis ayer ante nuestra gran estupefacción, y cuando aún estamos pasmados con la noticia, venís hoy a decirnos: «¡No hablemos más de eso!».

—Pues hablemos, ya que lo deseáis —repuso Aramis con calma.

—Ese Rochefort —gritó Porthos— pasaría conmigo un mal rato si yo fuese el escudero de ese pobre Chalais.

—Y vos no pasaríais un mal cuarto de hora con el duque Rojo, ¿verdad?¹ —agregó Aramis.

—¡Ah! ¡El duque Rojo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡El duque Rojo! —exclamó Porthos palmoteando y aprobando con la cabeza—. ¡El duque Rojo! Es delicioso. Yo haré correr la frase, amigo, perded cuidado. Tiene ingenio este Aramis. ¡Qué desgracia que no hayáis podido seguir vuestra vocación! ¡Qué gran abate hubierais sido!

—¡Oh! Esto no ha sido más que un retraso momentáneo —replicó Aramis—; lo será algún día: no ignoráis, Porthos, que por eso continúo estudiando teología.

—Lo hará como lo dice —añadió Porthos—; lo hará pronto o tarde.

—Pronto —dijo Aramis.

—No espera más que una cosa para resolverse a tomar la sotana que tiene colgada detrás del uniforme —dijo un mosquetero.

—¿Y qué espera? —preguntó otro.

—Que la reina haya dado un heredero a la corona de Francia.

—No hagamos bromas sobre este punto, señores —interrumpió Porthos—; gracias a Dios, la reina está aún en edad de darlo.

1. Richelieu, así llamado por su título nobiliario y por el color de la vestimenta cardenalicia.

—Se dice que el señor de Buckingham está en Francia —añadió Aramis con una risa burlona que daba a esta frase, tan sencilla en apariencia, una significación bastante escandalosa.

—Aramis, amigo mío, por esta vez os habéis equivocado —contestó Porthos—; y vuestro afán de mostrar ingenio os hace siempre extralimitaros. Si Tréville os oyera, os arrepentiríais de hablar así.

—¿Queréis darme una lección, Porthos? —preguntó Aramis.

—Querido amigo, sed mosquetero o abate, una cosa u otra, pero no las dos a la vez —repuso Porthos—. Ya sabéis que el mismo Athos os lo dijo el otro día: queréis sacar tajada de todas partes. No nos incomodemos; ya sabéis lo que está convenido entre vos, Athos y yo. Vais a casa de madame d'Aiguillon y la cortejáis; vais a casa de madame de Bois-Tracy, la prima de madame Chevreuse, y pasáis por estar muy adelantado en la gracia de esa dama. ¡Por Dios!, no confeséis vuestra dicha, nadie os pide vuestro secreto, conocemos vuestra discreción. Peor, ¡qué demonio!, ya que tenéis esa virtud, practicadla con respecto a su majestad. Ocúpese quien quiera y como quiera del rey y del cardenal; pero la reina es sagrada, y si se habla de ella, que sea para bien.

—Porthos, sois pretencioso como Narciso. Os participo —repuso Aramis— que odio la moral cuando no la predica Athos. En cuanto a vos, amigo mío, tenéis una bandolera demasiado magnífica para ser muy fuerte en ese punto. Yo seré abate si me place; entretanto soy mosquetero: en este concepto digo lo que me place, y en este momento me place decir que me impacientáis.

—¡Aramis!

—¡Porthos!

—¡Orden! ¡Señores! ¡Señores! —gritaron varios en torno de ellos.

—El señor de Tréville espera al señor d'Artagnan —interrumpió el lacayo abriendo la puerta del gabinete.

Al oír este anuncio, durante el cual la puerta estuvo abierta, todos callaron, y en medio del silencio general el joven gascón atravesó la antecámara y entró en la habitación del capitán de los mosqueteros, felicitándose de todo corazón de escapar tan a tiempo del final de aquella singular contienda.